

—Todo se hará á medida de vuestro deseo, contestó el paje.

—Ten cuidado, porque el vino que os van á servir es sabroso, y podrá agradarte demasiado.

—Cuando estoy de servicio sé cumplir perfectamente con mi deber.

—El premio que te espera es grande.

—Ya sé que me estimais.

—Pues buena suerte, y hasta mañana.

—Dormid tranquilo. Yo mismo vendré á despertaros despues de cumplir vuestras órdenes.

Ovando volvió adonde estaba el indio.

—Esta noche, le dijo, la pasarás al lado de Diego Mendez; procura velar, y cuando él duerma, apodérate del pliego. Por la mañana muy temprano, ántes de que despierte, irá á buscarte uno de mis pajes. Síguele, que él te llevará á bordo de un navío, en el que irás á España.

El indio besó la mano del gobernador.

García Perez lo dispuso todo para la cena.

CAPITULO L.

Una cena.



GARCIA Perez buscó dos camaradas para que le acompañasen en el festin. Los dos habian formado parte de los rebeldes á las órdenes de Roldan, y cuando se trataba de alguna francachela, eran los primeros en acudir y los últimos en abandonar el jarro de lo añejo.

García se guardó muy bien de decirles el objeto de aquella cena.

—Se trata pura y simplemente de probar á un bellaco que asegura que jamas pierde la cabeza, aunque apure una cuba, de que el vinillo que yo puedo sisar á mi amo seria capaz de dar en tierra con la Giralda de Sevilla.

—Pues lo que es á beber no nos gana, dijo uno de los dos compinches, á quien llamaban por mal nombre el Gaitero, no porque tocase la gaita, sino porque, como decian sus camaradas, todo en él eran *gaitas*.

—¿Y quién es el prójimo? preguntó el segundo, que se llamaba Mendo.

—El que ha llegado esta mañana con uno de los peones de Miguel Diaz.

—¿Diego Mendez?

—El mismo.

—¿Pues no ha venido á nado?

—¿No ha de venir, si es un pez?

— En ese caso, dijo el otro, nos va á ganar á todos á beber.

— ¿Por qué?

— ¿Porque á fuerza de tragar agua del mar, se le habrán hecho unas grandes tragaderas.

— La cuestion es emborracharle, dijo García, y para conseguirlo es necesario que nosotros estemos fuertes.

— Eso quiere decir que nos vais á convidar á ver beber vino, no á beberlo.

— ¿Y el amor propio?

— El estómago no le tiene.

— Pues os prometo dejarme ganar unos cuantos maravedís si conservais fuerte la cabeza despues de la cena; y ya veis que os conviene, porque si estais borrachos podré hacer trampa al arrojar los dados sobre la mesa.

Prévias estas reflexiones, entraron los tres en una habitacion del palacio de Ovando, en donde estaba puesta la mesa con los manjares y los jarros de vino.

— Esperad aquí un rato, dijo García á los dos compañeros, que voy yo á buscar á nuestro hombre.

Ovando habia preparado ya á Diego Mendez.

Le habia dicho que su paje García Perez queria obsequiarle; y como en todo esto no veia el soldado más que la confirmacion de su idea, esto es, que al ver Ovando el triunfo que habia alcanzado Colon queria reconciliarse con él, empezando por agasajar á su representante dejándose querer, como se dice vulgarmente; así es que apenas se presentó García á incitarle, aprovechando sus buenas disposiciones para hacer los honores á la mesa, llegó con el paje adonde estaban esperándolos sus otros dos comensales.

El estómago influye poderosamente en el hombre.

Diego Mendez recibió con gusto el olorillo que despedían los manjares, y mostrándose expansivo con los que iban á ser

sus compañeros de mesa, empezó á tratarlos con la mayor cordialidad.

— ¿Es cierto, le preguntó el Gaitero, que habeis llegado á nado hasta la costa de Haina?

— Ni más ni ménos que un tiburón.

— Mucha agua habreis tragado.

— Mucha; pero tengo el estómago muy ancho, y tal gana tenia de llegar, que hubiera sido capaz de tragarme el Océano.

— ¡Baladronada es esa! dijo el Gaitero.

— Yo apuesto cualquiera cosa, dijo García, á que no sois capaz de apurar ese jarro de vino.

Mendez miró al jarro, y cogiéndole:

— A vuestra salud, dijo.

García miró confidencialmente á sus compañeros, como diciéndoles:

— ¡Ya es nuestro!

Mendez observó aquella mirada: pero como estaba predispuerto á no pensar mal de sus anfitriones, atribuyó aquella seña á la simple creencia de que sus palabras habian sido una bravata de que al segundo trago iba á caer en la embriaguez.

— Es necesario dominarse, se dijo.

Y estas consideraciones, que fueron instantáneas, le obligaron á dejar el jarro sobre la mesa.

— ¡Tan pronto! exclamó el paje de Ovando.

— ¿Cómo tan pronto?

— Quiero decir que vuestro estómago ha desmentido á vuestra palabra.

— Así me lo ha aconsejado la cabeza, y yo acostumbro á seguir sus consejos.

— Malo, pensó García; este hombre es más duro de pelar que lo que yo creía.

Pero no se apuró por eso.

Era hombre de muchos recursos.

—Aunque sea descortesía, ¿quereis decirme, le preguntó si pensais volver pronto á España?

—Con mucho gusto. En cuanto salga un buque volveré á nuestra patria.

—En ese caso no tardaremos en separarnos. El gobernador ha dado órdenes terminantes para que salga la carabela que llegó hace ocho días mañana de madrugada.

—Nada me ha dicho.

—Habrá querido sorprenderos.

—Tal vez.

—Pero sí os habrá indicado que se propone enviar al almirante los dos mejores buques que hay en la actualidad en la bahía.

—¿Estais seguro de eso?

—Segurísimo. Delante de mí ha dado las órdenes al capitán Figueroa. . . . un capitán de origen portugués, que acá para entre nosotros no tiene mucho partido entre los colonos, porque es admirador entusiasta del almirante.

—¡Pues vive Dios que hace bien en serlo, porque no ha pisado otro como él las playas de estas tierras!

—Lo que es en eso estamos de acuerdo. . . . y ¡qué diablo! ¿Por qué no decirlo? El gobernador mi amo piensa del mismo modo.

—Mucho lo ha disimulado hasta ahora, replicó Mendez.

—Era preciso.

—¿Por qué causa?

—Porque el malvado Bobadilla habia hecho tanto para desacreditarle, que no habia en toda la colonia quien saliese á su defensa. Estos perros enseñaban los dientes, y un hombre solo no podia luchar con quinientos por la fuerza. Con la maña era otra cosa, y tan bien le ha salido su plan, que en este instante pasan de ciento los que quieren marchar á bordo de las carabelas á auxiliar á Colon.

—Lo merece, dijeron á una voz el Gaitero y Mendó.

—Pues brindemos á su salud, exclamó García.

—Brindemos.

—Y vos, ¿qué haceis que no empinais el jarro? le dijo á Diego.

Yo brindo mejor por el almirante sin beber que bebiendo.

—¡Ah, perro viejo! murmuró por lo bajo García. Vamos, un trago, añadió en voz alta.

—No.

—¿Teneis miedo de que se os suba el vino á la cabeza?

—¡Miedo yo! No sé lo que es miedo.

—Mal se conoce.

—A la salud del almirante, dijo Diego Mendez, empinando el jarro, porque las últimas palabras del paje habian herido su amor propio.

—¡Bravo! ¡Bien! gritaron todos.

—Ya no bebo más, dijo Diego; este vino es muy fuerte.

—Se agarra al riñon, ¿no es cierto?

—Abrasa.

—¡Bah! No seais mujer.

Esta última palabra, proferida por García con cierto tono burlon, indignó al soldado.

Levantándose Diego:

—Retirad al instante esa ofensa, exclamó, ó salid en este momento á cruzar vuestra espada con la mia. . . .

—No he querido ofenderos, dijo el paje; y en prueba de ello, no solo la retiró, sino que os tiendo la mano.

—Basta, dijo Mendez, que era tan valiente como generoso.

—¡Pelillos á la mar! exclamaron los circunstantes.

—Echemos tierra sobre el disgusto.

—Tierra no, vino.

—Eso es, vino.

—A vuestra salud!... dijo García, echando un trago.

—¡A la vuestra! contestó nuestro valiente marino imitándole.

—Dichoso vos, que vais à España, dijo de pronto Mendo.

Esto bastó para que los cuatro evocasen mil recuerdos de la madre patria, para que de consuno se sintiesen con deseos de volver á ella.

Hablar de la patria tan léjos de ella, debia despertar en el alma de todos un gran entusiasmo, y así fué, en efecto.

Los cuatro se entusiasmaron, y con la conversacion y el calor se les despertó una sed en extremo rabiosa.

Sin saber lo que hacian, acercaban á cada instante el jarro á su labios.

Diego empezaba á sentir una gran pesadez en la cabeza.

Los dos amigos de García, los que le habian servido de cómplices para llevar á cabo un infame proyecto, no estaban ménos acalorados que él.

La conversacion continuó.

—Me ahogo, dijo de pronto Mendez, y corrió á abrir una ventana.

El fresco de la noche le consoló por algunos momentos, pero bien pronto empezó á sentir los mismos síntomas que ántes de asomarse á la ventana.

Apoyado sobre el alfeizar, se dejó acariciar por la brisa.

Entre tanto, el infame García alejó á sus dos compañeros.

Estos salieron dando traspiés.

No habian podido cumplir su palabra.

El paje se acercó á Diego.

—¿Qué teneis? le preguntó.

—Sueño.

—Si no es más que eso, no hay cuidado.

—Siento una pesadez muy grande.

—Recostaos un rato en un sillón, y se os pasará en seguida.

—Apénas puedo moverme; parece que mis fuerzas se han paralizado, repuso Mendez, á quien costaba ya gran trabajo articular las palabras.

—¡Bah! Yo os creia más fuerte.

—Acercadme un sillón.... voy á caerme.... se me va la cabeza.

—¡Ya es mio! pensó el paje, obedeciendo la última orden de Diego.

—No veo.... añadió éste. ¡Dios mio! ¿qué me pasa?.... ¡La voz espira en mi garganta!.....

Y cayó desplomado en el sillón de caoba que le ofreció García.

—Ya duerme, dijo éste despues de observarle. Tardará en despertar un buen rato, pero despertará. No puede quejarse de su suerte; otros no han despertado.

Cerró la ventana, apagó la lámpara que alumbraba la estancia y fué á buscar al indio.